



—EL DR. JUAN ANTIGA
 —MARINERO EN TIERRA
 —MAGISTRAL RETRATO
 —EN EL CONSULTORIO
 —FUERTE, JUSTO, SABIO

EL DOCTOR Juan Antiga, viajero infatigable y contumaz, arma hoy, por última vez la proa de su barquilla, con la bandera a media asta, bella como un cisne, veloz como una flecha por el sendero innumero del mar... Su perenne inquietud insatisfecha atisbaba todos los horizontes y se movilizaba en todas las rutas... También el doctor Antiga hubiera hecho de su piel una maleta de viaje... Su corazón era una brújula... su alma un sextante... su espíritu una antena y una carta geográfica... su voluntad era una proa para todos los rumbos, una hélice para todos los vientos... Valles, montañas, costas, mares ignotos rodaron bajo su ojo avizor, bajo su planta peregrina... Quería conocer otras costumbres, otros pueblos, otros paisajes, otras almas... Era un estudioso... Un ágil cazador de emociones... Un sagitario de estrellas errantes... México, Venezuela, El Ecuador, Panamá, Jamaica, Honduras británica, las Antillas Menores, las cinco repúblicas centroamericanas; los Estados Unidos, desde New York hasta Los Angeles, desde Seattle a Key West; España, Francia, Suiza se desdoblaron como un mapa como una film, y se rindieron a su curiosidad intelectual... Le ofrendaron sus valles ubérrimos y sus colinas de esmeralda; sus selvas misteriosas; sus ríos de linfa oceánica; sus volcanes plateados; sus lagunas ustorias; sus panoramas y sus ruinas; sus viejas catedrales, sus cúpulas, sus torres, su encajería de piedra; sus canciones, sus monolitos, sus florestas y su Mayab resplandeciente... sus civilizaciones milenarias, sus artes, su literatura, su filosofía, sus problemas y conflictos vitales, sus ritmos febriles, sus alegrías, sus dudas, sus congojas... Y todo algunas veces en las gemas alucinantes de unos ojos, en la fascinación de una sonrisa... Y así con el alba ataviada de crepúsculos, coronada de auroras, circundada de noches, he aquí al romero de todos los caminos, con la esclavina al hombro, listo para partir a un viaje sin retorno... He aquí al nauta de to-

dos los mares, al buzo de todos los cielos, entre una constelación de rosas fúnebres, dormido en el puente de su barquilla negra, con las pupilas entornadas, esperando en la mañana rubia y sonriente, la hora de zarpar hacia los mares sin orillas...

“Sobre tu nave—un plinto verde de algas (marinas, de moluscos, de conchas, de esmeralda es- (telar—, “capitán de los vientos y de las golondrinas, “fuiste condecorado por un golpe de mar.

“Por tí los litorales de frentes serpen- (tinas “desenrollan, al paso de tu arado, un can- (tar: “—Marinero, hombre libre que las mareas (declinas, “dinos los radiogramas de tu estrella Polar.

“Buen marinero, hijo de los llantos del (norte, “limón del mediodía, bandera de la corte “espumosa del agua, cazador de sirenas;

“todos los litorales amarrados del mundo “pedimos que nos llesves en el surco profundo “de tu nave, a la mar, rotas nuestras ca- (denas.”

(De “Marinero en Tierra”.—R. ALBERTI).

JOSE ANTONIO Fernández de Castro, con certero pincel, con emoción y colorido psicológico, ha trazado en un profundo y sutil ensayo, el retrato moral la vida un poco incongruente y originalísima del doctor Antiga en las páginas estelares de “Nada más que un Hombre”. Así nos muestra, en una serie de bocetos que se articulan y se ajustan maravillosamente, en suprema unidad, la vida múltiple y proteica de ese hombre superior y extraordinario que fuera sucesivamente “vendedor de azafrán y de periódicos, escribiente en una Celaduría, monaguillo, estudiante, jugador de pelota profesional, médico, director de un hospital de leprosos, catedrático de varias universidades, coinspirador, expedicionario, fracasado, revolucionario centroamericano, corrector de pruebas y editorialista de un periódico mexicano, empleado de un banco, diplomático al servicio de la república mexicana, médico militar, agente de seguros, director de una clínica homeopática y de una revista médica, abogado, propagandista activo de nuevas doctrinas sociales, maestro masón con el grado 33... consejero de algunos jefes de estado” etc., etc.

NARRADOR ingenioso, ameno, chispeante, vivaz, Antiga había hecho de la conversación un arte refinado y excelso. Su char-

la, sabia y pintoresca, matizada de anécdotas, brotaba fácil, rauda y clara como un fresco manantial montañero... Mas no incidía jamás en el mal gusto y en el abuso intolerable de monopolizar la palabra, cosa tan grata a los pedantes y a los necios... Amaba y provocaba la indagación de sus contertulios, con el anhelo estético, cordial y humano de divulgar la ilustración... Poseía un caudal inagotable de conocimientos... Su cultura era vasta, sólida y profunda, más no la prodigaba nunca en vana y pueril ostentación... La administraba dosificadamente en artículos llenos de sensatez, escritos en prosa cuadrangular, severa, sobria, brisbanesca, rotunda, al alcance de todas las inteligencias... Abordaba con elegancia y dominio absoluto, con sencillez y claridad, los temas más disímiles; escabrosas cuestiones sociales; arduos problemas filosóficos; tesis de sanidad, de higiene, de filosofía; arte, crítica, costumbres, deportes... Era un polígrafo que sabía conversar y entenderse directamente con las masas, desde el libro, la conferencia, la revista, el periódico... "Antiga, a diferencia de nuestros célebres simuladores—observa agudamente Fernandez de Castro—escribe, como Varela, para los ignorantes"... "Es el único jugador de pelota—consignó Víctor Muñoz, en una alacre crónica—que sabía quien era Baudelaire"... Y el gran González Lanuza sentenció: "Antiga es el único hombre genial que he conocido"... En su consultorio instalado durante muchos años en la calle de San Miguel y últimamente en la de Escobar, la figura de Antiga era extraordinariamente popular y avasalladoramente atractiva y simpática. Todas las mañanas, hasta antes de ser ministro en Suiza, aparecía a la puerta de su consultorio, enfundado en su albo ropón clínico, con sus clásicas gafas, cabalgando en su recta nariz y sostenidas por una cinta de seda; con su rostro cetrino, enjuto, surcado de líneas cubistas; con su sonrisa espiritual y fina; su gesto alegre y optimista; su juventud inmarcesible y eterna... Su risueña originalidad, su e hultante y eufórica risa, mientras el turbión de la vida rodaba a sus pies...

AL CONSULTORIO hacia las 10 de la mañana, iban llegando en un desfile interminable, heterogéneo, los enfermos del cuerpo, en busca de los maravillosos glóbulos homeopáticos y los enfermos

del alma, en demanda del consejo oportuno y de la fórmula espiritual y milagrosa, para curar sus lacerias, para calmar sus inquietudes, para suavizar sus quebrantos... Porque Antiga ejercía pulcramente, con decoro científico, el SACERDOCIO de la medicina y desempeñaba al propio tiempo, el elevado ministerio de curador de almas, con verdadera unción evangélica... De su consultorio salía resplandeciente la salud y fúlgida la verdad... ¡Cuántas almas torturadas y agobiadas por hondas angustias y derrumbes morales, salieron sanas, transformadas, luego de haberse sumergido en la piscina filosófica del taumaturgo laico!... ¡Cuántas veces el noble profesor de optimismo y bondad transfundió su alegría sana, su comprensión vital, en los convalecientes del espíritu!... ¡Cuántas veces!...

Y sin embargo, el hombre fuerte, el hombre bueno, el hombre justo, el hombre sabio, sucumbe fatalmente ahora... tal vez a los embates de una crisis de ternura filial, honda y patética, al contemplar la radiante visión que palidece y que se aleja, melancólicamente declinando, como una estrella en el ocaso...

J. G. S.

M. J.
19/39



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA